

ALFAGUARA



Manuel Rivas

Lo más extraño

Lo más extraño

Cuentos reunidos

Primer amor

Gaby, Gabriela, es mayor que yo. Creo que mucho mayor. Me lleva, por lo menos, dos años. Después de tanto tiempo, no esperaba encontrarla en la aldea, en Aita, pero allí estaba, sentada lánguidamente en la bancada de piedra de los Brandariz, entre dos tiestos de geranios.

—Hola.

—Hola.

—¿Qué tal?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. Muy bien. Bueno, fatal.

En realidad, era mucho mayor que yo. Tres años, quizá.

—Estás muy delgada.

—Tú también estás muy delgado.

Llevaba una falda larga y tenía los pies desnudos. Eran unos pies grandes, de hombre.

—Estuviste fuera.

—Sí.

—A lo mejor yo también me marchó.

—¿Ah, sí?

—Sí. Voy a marcharme. Estoy pensando hacer un viaje. Pero muy lejos, ¿sabes? A Australia o a un sitio de éstos —digo yo.

—Sería fabuloso.

—Sí, casi seguro que me voy a Australia. Un amigo mío tiene allí a sus padres. Se hizo radioaficionado y habla con ellos por la noche.

—Yo estuve en Barcelona, ¿sabes? Viví con gente y así.

—Ah, Barcelona, claro. Nunca he hecho un viaje, ¿sabes? Me gustaría hacer algo importante. Australia, o algo así.

—Debe de ser alucinante. Tan lejos.

—Mi amigo dice que si hiciéramos desde aquí un agujero que atravesara toda la Tierra, saldríamos a Australia. ¿Qué tal en Barcelona?

—Bien. Bueno, regular. Mal.

—Mi amigo me regaló un reloj. Te despierta con la música de *Cumpleaños feliz*. *Happy birthday to you*. También tiene la hora de Tokio, y de Londres, y de Nueva York. Y puedes anotar teléfonos y guardarlos. Es como un ordenador. Mira, mira, fíjate.

—¡Qué bien, es fantástico!

En el reloj, parpadeaban los segundos. De repente, ella dijo:

—¿Sabes? Yo tengo una hija.

—¿Una hija?

—Sí, ¿quieres verla?

Y me invitó a pasar, sonriendo, como si le doliera sonreír.

Que no quede nada

Había jurado no comprarle jamás un arma de juguete al niño.

Había pertenecido a Greenpeace, aún cotizaba con un recibo anual, y sentía una simpática nostalgia cuando veía en la televisión una marcha pacifista desafiando la prohibición de internarse en el desierto de Nevada, donde los ingenieros nucleares se extasiaban sembrando en los cráteres hongos monstruosos. Su trabajo de representante comercial lo absorbía totalmente. También se había casado. Y había tenido un hijo.

—¿Un hijo? —le preguntó Nicolás con ojos de espanto. Era un antiguo compañero de inquietudes, con el que acababa de encontrarse en el aeropuerto.

—Pues sí —había dicho él, sintiéndose algo incómodo.

Nunca pensó que estas cosas hubiera que explicarlas. Uno tiene un hijo, y ya está.

—No, ¿sabes?, si lo digo es por la valentía que supone. Creo que hay que ser valeroso para tener un hijo. Yo no sería capaz de tomar una decisión así. Me daría vértigo.

En realidad, nunca había pensado en el significado de tener un hijo. Se había casado porque le apeteció y había tenido un hijo por lo mismo. Pero Nicolás no dejaba de mirarlo como un confesor atormentado por los pecados ajenos.

—¿Sabes? Creo que hay que tomarlo sobre todo como un hecho biológico, sin darle muchas vueltas tras-

cententes. Es como asumir nuestra condición animal. Un hijo hace que te sientas bien, así, como un animal. Recuperamos nuestra animalidad como condición positiva.

Nicolás se rió. Al fin y al cabo, era biólogo.

—No sé. Para mí es como si decidierais convertirnos por un instante en Dios. Traer a alguien a este mundo debe de ser hermoso, pero... es también tan terrible. No sé.

—¿Terrible? ¿Por qué?

—De una terrible inconsciencia.

—Bueno... Él se despierta muchas veces por la noche. Nos llama y vuelve a quedarse dormido. Así, varias veces por la noche. Puedes ser un dios, pero un dios hecho polvo. Él, hostias..., duerme cuando quiere.

Ahora se rieron los dos.

—¿Le cuentas cuentos?

—No veas. Le llevo contados miles. Bueno, cuando estoy. Ya sabes, ando de aquí para allá, con este maldito trabajo. Hay noches en que le cuento tres o cuatro, y me quedo dormido antes que él.

—¿Cómo son? ¿Qué es lo que le cuentas? —preguntó, divertido, Nicolás.

—Buff. Sobre todo, de animales. Le encantan los cuentos de animales. Animales que tienen hijos, y vienen los cazadores, y todo eso. Procuero que el lobo sea bueno —y dijo esto con un guiño también divertido.

—Me gustaría verlo alguna vez —dijo Nicolás, cuando ya se despedían.

El amigo hizo una última señal de adiós tras la puerta de cristal, y él se dirigió a una de las tiendas del aeropuerto. Siempre llevaba algún regalo para el niño. No había mucho donde elegir. El mayor surtido era de imitación de armas de fuego. Las había de todas clases. El *colt* vaquero, una pistola de agente especial con silenciador, un rifle de mira telescópica, una ametralladora de

rayos láser. Y luego estaba toda la artillería, y los blindados, y sofisticadísimos adelantos de la guerra de las galaxias. Los evitó con un ademán de repugnancia, y finalmente eligió un paragüitas de tela plástica transparente y con pegatinas de graciosos animalillos.

Cuando llegó a casa, el niño estaba durmiendo.

—Le traje esto —dijo él con una sonrisa.

—Es bonito —dijo la mujer.

Por la mañana, el niño preguntó: ¿Vas a trabajar? Él contestó con pena que sí y el hijo lo miró con enojo, a punto de llorar.

—Te he traído una cosa —dijo él saltando de la cama. El niño se calló y esperó expectante a que desenvolviera el regalo.

—Mira, tiene dibujos de Snoopy —dijo satisfecho, alargando el paragüitas.

El niño miró el regalo, le dio vueltas para ver todos los animales, y parecía contento.

Antes de marcharse, le dio un beso y le acarició la cabeza. Cuando iba a abrir la puerta, oyó que el hijo lo llamaba. Se volvió y lo vio allí, con una pierna adelantada y el paraguas apoyado en el hombro con perfecto estilo de tirador.

—¡Pum! Estás muerto, papá.